

Nos ayudaba mucho también el nombre del general Angel Martínez que acababa de distinguirse con gloria en la guerra de intervención y el prestigio que le iba añadido como jefe de la fuerza federal.

Con asombro de aquellos buenos habitantes de Sinaloa, que nunca habían presenciado mayores escándalos, denunciábamos día á día en los periódicos los abusos incalificables del gobierno, sacándolo con frecuencia á la vergüenza pública por su falta de pudor en la manera de hacerse prosélitos. Las facultades extraordinarias estaban á la orden del día, y en las oficinas de Hacienda quedó establecida la trata de los votos. Aquel que presentaba mejores planes y perspectivas, recibía más dinero y más lucrativos empleos. En pocos días hubo una subversión de cosas tal, que ya no se conocía al Estado de Sinaloa. ¡Infelices de los que cometían la indiscreción de manifestarse desafectos á Rubí! Solo tenían que esperar la cárcel y las mayores vejaciones. Los que vivíamos en el puerto de Mazatlán escapábamos de todo y aun disfrutábamos de alguna libertad, gracias al respeto que infundían las tropas que estaban al mando del general Angel Martínez.

Sin embargo de tantas ventajas como tenía á su disposición el poder, nosotros no nos desalentamos y seguimos trabajando con un ardor febril. Nuestras principales armas en el estado á que habían llegado las cosas, era el ridículo que empleábamos contra Rubí con maravilloso éxito. Hasta sus mismos partidarios reían á carcajadas con las anécdotas que se referían de aquel candidato y su camarilla, en el *Diablillo Colorado*.

En esta efervescencia se encontraba la lucha, sin que fuesen raros los encuentros personales en que se llegó á derramar sangre, aunque las más veces de las narices, cuando se anunció una mañana que el vapor *Colon* estaba á la vista y que á bordo de él se encontraba el conocido personaje que respondía al nombre de Francisco Sepúlveda. Esto produjo alguna sensación en los círculos. Unos vieron en él un aliado, otros una nueva entidad y hasta un competidor, y nosotros un instrumento de Corona, encargado de ponernos á todos en más dificultades.

Segun dije en otro lugar, Sepúlveda no había llevado más misión cerca de Juárez y de Corona que trabajar por su candidatura para Gobernador del Estado de Sinaloa, que era entonces su ambición suprema, y en efecto, llegó cargado con una balija de cartas, órdenes, nombramientos en blanco, despachos sin llenar, recomendaciones, etc., etc. Todo estaba firmado por el general Corona que era gran influencia en los Estados de Occidente, á fin de que los trabajos de Sepúlveda no fracasaran. Este desembarcó en el puerto con todo el aire de un conquistador: quería contestar á su protector con las palabras de César: *llegué, vi y vencí*.

¡Era demasiado tarde! Rubí hubiera sido capaz de pronunciarse contra el mismo Corona por tal de seguir en un puesto á que Azcárate había conseguido que le profesara decidida pasión, lo cual no impidió que su favorito se pusiera á temblar luego que vió el cargamento de recomendaciones que traía Sepúlveda. Aque-

llo no tenia más remedio que la obediencia ó la rebelion, y miéntras resolvian á lo que debieran decidirse, dieron largas de uno ó dos dias al asunto.

Entónces el *Diablillo Colorado* tuvo tiempo de dar á Sepúlveda el golpe de gracia. Una letrilla, una simple letrilla que referia las costumbres de un pueblo en Semana Santa, bastó para destruir completamente aquella impopular candidatura, al grado que ni veinte Coronas hubieran conseguido ya que el pueblo de Sinaloa diera un voto á D. Francisco Sepúlveda.

Siento no tener, por las razones que explicaré despues, la coleccion del *Diablillo Colorado*, y ménos el número en que apareció la letrilla, del que se agotaron tres ediciones, aunque sí recuerdo que mató por entónces, y creo que para siempre á Sepúlveda, en la carrera de la política que pretendia adoptar, apoderándose de un gobierno que ya creía en sus manos y cuya posesion habia acariciado en sus sueños de más de doce meses.

Por varios dias estuvo metido en el último rincón de su casa, de la cual no era dueño de salir sin que viera á los mismos cargadores y boteros riéndose de él en sus barbas, ó cantándole la quarteta con que terminaba la picante letrilla, y desde su escondite mandó decir á Rubí que contara con él en la lucha y que desde luego podia disponer de sus elementos.

—Se viene de este lado, dijo Azcárate, para emplearnos como instrumentos de su venganza, porque con nosotros está su interés; pero es bueno su ofrecimiento para no indisponernos con Corona: vámoslo aceptando.

Y lo aceptaron, por más que no les llevara por de pronto más que un gran contingente de ridículo.

Entónces Sepúlveda convirtió sus recomendaciones en favor de Rubí, endozándose las como si fueran libranzas á la orden del portador.

Resultó, pues, que los cinco mil pesos tomados de los fondos de la Aduana para que Sepúlveda hiciera el viaje con el fin de conseguir recomendaciones para hacerse gobernador, fueron gastados en provecho de aquel de quien ménos se esperaba que quisiera sacar las uñas. ¡Cuántas veces salen ciertos los refranes como aquel que dice: *nadie sabe para quien trabaja!*

Sepúlveda siempre me habia visto con ojeriza, siempre me habia hostilizado, siempre me consideraba, yo creo, como principal obstáculo para realizar sus ambiciones, y por eso hizo los mayores esfuerzos para separarme no sólo del gobierno, sino del Estado de Sinaloa; pero desde la aventura que acabo de referir, fué mi más acérrimo enemigo, mi enemigo mortal. En su correspondencia que cayó más tarde en mis manos, pude convencerme del extremo á que llegó á odiarme por la clase de recomendaciones que hacia respecto de mí á sus amigos.

No tardaron en romperse tambien las hostilidades entre los dos favoritos de Rubí, los cuales se ponian en los corrillos, en el club y en sus periódicos como chupa de dómine. Cada uno queria que Rubí le diera el triunfo exclusivamente, para no tener que dividir con nadie el botín que se esperaban despues de la victoria.

Entonces el descaro llegó á su colmo: las oficinas públicas se convirtieron en talleres electorales. Se hacían los mayores sacrificios y los negocios más descabellados para que no llegara á faltar el dinero, ese precioso móvil de las acciones humanas, repartiéndose en seguida á manos llenas. Rubí es esencialmente avaro, pero se trataba de ganar á todo trance las elecciones, el amor propio estaba empeñado, sobre todo, el dinero que se despilfarraba no era suyo, sino de las arcas nacionales, y no tuvo empacho en permitir los mayores derroches.

Casi no hubo ciudadano del Estado que no recibiera una carta, una promesa, una amenaza ó algo de dinero, para concurrir á la grangería electoral. Casi no hubo un empleado, desde la más alta categoría hasta el mozo de oficios, á quien no le fuera encomendada alguna misión para dentro ó fuera de las cabeceras de Distritos. Todos cuantos recursos pueden encontrarse en cabeza humana, se pusieron en juego en aquella lucha lo mismo que el elemento oficial, que era el que más afanoso se mostraba para alcanzar el buen éxito. ¡Hasta se mandaron cantar rogativas en las iglesias.

Hubo un momento en que á pesar de todos sus ardidés y de sus buenos elementos llegaron á concebir temores de perder la partida. Entonces acudieron á sobornar al mismo general Martínez y á sus más eficaces y temibles partidarios, haciéndoles ofrecimientos absurdos. Por ejemplo, al general D. Angel Martínez le aseguraban una cantidad de cincuenta mil pesos y el mando de las armas del Estado, á los otros

se les ofrecían puestos en la Legislatura y en las rentas: solo á mí no me ofrecían nada, y ántes bien en todos los proyectos de transacciones entraba la condición primera de que yo tenía que salir desterrado. En la vez que se propuso esto como un medio seguro de llegar á la conciliación, Martínez les contestó con una dignidad que les hizo mudar de color:

—Ustedes me proponen una infamia: yo no apoyaré con los elementos militares del gobierno general mi candidatura, porque me tendría aquel por desleal si quiere el triunfo de otra; pero jamás daré apoyo al atentado que ustedes me proponen contra un hombre que esgrime sus armas en la prensa y del modo que las leyes tienen permitido.

Luego que no surtieron efecto los brillantes ofrecimientos hechos á los principales jefes de nuestro partido, que eran el general Toledo y los coroneles Palacio y Granados, procuraron sembrar la zizaña entre nosotros. Este recurso llegó tarde, porque los cuatro amigos que formábamos el núcleo martinista, nos conocíamos bien y marchábamos tan unidos como si fuera una sola persona.

Se les ocurrió todavía otro medio no menos maligno para contrariar nuestros trabajos: se apoderaron de la administración de correos y detuvieron la circulación de nuestra correspondencia. Lo supimos pronto por fortuna y entonces establecimos correos extraordinarios por nuestra cuenta que recorrieran el Estado en todos sentidos. Algunos de éstos fueron atrapados y recogidas nuestras cartas é impresos. —

El día designado para la elección se aproximaba, y los que se reputaban nuestros enemigos políticos en el puerto de Mazatlán empezaron á redoblar sus esfuerzos, mandando gente armada á los puntos en que no creían tener segura la elección. Las instrucciones que llevaban, según fueron publicadas despues algunas que vinieron á nuestras manos, eran las siguientes: el gefe ó comisionado sacaria una música por las calles y proclamaria el nombre de Rubí: si los gritos no eran secundados, procuraria á todo trance ganar las mesas y en seguida repartiria todas las boletas ya cubiertos los huecos: en caso de encontrar resistencia, se emplearian el dinero ó las amenazas, y sino surtian efecto el uno ni las otras, se apelaria á la violencia en los términos en que fuera necesaria: en todo caso se romperian las cédulas que contuviesen el nombre de Martínez y se recibirian sólo las que se mandaban con el de Rubí. Algunos no entendieron bien las instrucciones y echaron los paquetes enteros que resultaron todavia cerrados al hacerse la computacion.

Nosotros esperábamos tal dia con alguna zozobra; con alguna remota esperanza solamente en el entusiasmo popular que tal vez lograria sobreponerse á los manejos del poder, una vez que el pueblo viera que se estaba pisoteando el más noble, el más caro, el más fundamental de sus derechos políticos, que era la libertad del voto.

—¿Triunfarémos? nos preguntábamos unos á otros.

—Es probable, decian algunos.

—¡Es imposible! exclamábamos los que sabiamos

que el poder contaba con el dinero y las bayonetas, que son en esos casos elementos irresistibles.

¿Qué podria hacer el pueblo inerme cuando no se le dejaba más que la desesperacion de la impotencia?

Suplico de nuevo al lector perdone estas explicaciones y detalles, pero los considero como la base de los acontecimientos que despues se desarrollaron y por eso me extendo en ellos.

Vamos ahora á ver, despues de conocidos todos estos preparativos, cómo se hizo aquella ridícula votacion.

CAPITULO V.